

056. El humilde Jesús

Estamos hechos a hablar de Jesucristo de una manera casi triunfal. Y no hacemos mal. Porque el pensar en el Señor que está sentado a la derecha del Padre, en el solo Altísimo, en el que vendrá con gloria a juzgar a vivos y muertos..., es un pensar muy acertado, y ese Jesucristo merece en nuestra opinión y en nuestro decir los honores supremos del triunfo.

Pero, cuándo pensamos y hablamos del Jesús del Evangelio, del Jesús de Nazaret, del que vivió entre nosotros, del hermano nuestro, ¿no es verdad que baja un poco el tono de nuestra voz, porque sentimos a Jesús más cerca de nosotros? Esta es una sensación y una realidad que no podemos negar.

De una manera y de otra prestamos a nuestro Salvador el homenaje de nuestra fe, de nuestra devoción, de nuestro amor.

Hoy, nos vamos a fijar en este segundo aspecto, inspirados en las palabras del mismo Jesús, que nos dice en uno de los momentos más emotivos de todo el Evangelio. *Venid a mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis la paz para vuestras almas* (Mateo 11,28)

Dichas estas palabras por un hombre de la calidad de Jesús, adquieren un grado de ternura inefable. Y no habla Jesús de una manera figurada, sino que expresa una realidad profunda de su Persona adorable. En medio de su grandeza de Dios y en su condición de Salvador, de Mesías, de Señor —pues El mismo reconocerá: *vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís verdad*—, Jesús es sinceramente humilde en su ser y en todas sus actuaciones.

Ahora mismo, glorificado como Señor en lo más alto del Cielo, se dice con verdad —contraponiéndolo a Satanás—, que el demonio, humillado hasta lo último en el infierno, es un soberbio sin igual; y Jesús, ensalzado en lo más alto del Cielo, sigue siendo humilde.

Por eso Jesús no nos da miedo, pues nunca una persona humilde ha dado miedo a nadie.

La humildad de Jesús ha calado hondo en la Iglesia. Todos los humildes lo son porque se miran en Jesús, y ante el ejemplo desconcertante del Maestro, se glorían de ser humildes como lo fue el Señor.

San Casimiro, joven príncipe polaco, es reprochado por los grandes de la corte:

- *¿Por qué eres tan bueno y tan suave con los pobres, dándoles tú mismo las limosnas y hasta sirviéndoles personalmente la comida? ¿No puedes hacer eso por medio de tus criados? ¿Crees que lo que haces está conforme con tu dignidad real?*

Casimiro no se inmuta, y responde con un lenguaje que sólo se aprende en el Evangelio:

- *Estoy muy lejos de ser un rey como Jesucristo. El Rey del cielo bajó de las alturas y trató con amor al más grande de los pecadores. Si así me trató Jesucristo a mí, ¿creen que puede ser motivo de vergüenza el que yo sirva a los pobres y me muestre humilde con ellos?*

El orgullo era la enfermedad más grave que padecíamos los hombres. Desde aquel *¡seréis como dioses!* que Satanás nos inoculó como una inyección letal allá en el

paraíso, nuestra soberbia no tenía remedio. Era inútil buscar ninguna medicina eficaz contra ese mal del infierno.

Pero viene el Hijo de Dios a la tierra, y empieza, como nos dice San Pablo, *a humillarse a Sí mismo, despojándose de su condición divina, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz.*

El Dios del Cielo y el Soberano de los Angeles nace en un establo de animales. ¡Ya está bien!...

Hasta los treinta y tantos años, y con verdadera necesidad para poder comer, a trabajar duro en un pobre taller. ¡Y es Aquel que con su sabiduría y poder ha ordenado los cielos y mueve la máquina del Universo!

En su pasión es azotado como una bestia, coronado de espinas, adorado como un rey miserable que no merece más muestra de respeto que un salivazo inmundo, y muere al fin en la cruz desechado de todos, abandonado de los suyos, en el máximo dolor y la última vergüenza.

Mirando la Historia serenamente, ¿podemos encontrar a alguien que haya sufrido humillación semejante a la de Jesucristo?...

Este Maestro tiene autoridad ahora para decir a todos: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* Y después de lavar los pies a los suyos, tiene también derecho a exigir: *¿Habéis visto lo que yo he hecho con vosotros? Y lo he hecho para daros ejemplo; por lo mismo, haced vosotros lo mismo que yo, que no he venido a ser servido sino a servir... Y tened presente, que el mayor de vosotros debe colocarse el último..., sabiendo que todo el que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado.*

Con esta actitud y enseñanza de Jesús, a Satanás no le quedaba nada que hacer. Jesús le había clavado la puntilla y dado el estoque final como el maldito demonio jamás se lo hubiera pensado.

Y los hombres aprendimos una lección antes nunca enseñada. El general romano entra durante sus campañas militares en una aldea, dividida entre unos rivales contendientes, y exclama: *¡El primero en una aldea, antes que el segundo en un imperio!* No decía mal según las leyes del orgullo humano. Las leyes de la humildad practicada y enseñada por Jesús van por caminos muy diferentes...

Ahora la salvación es posible del todo. Jesús nos ha enseñado a someternos a Dios, *que resiste a los soberbios pero que da su gracia a los humildes.*

Aprendida la lección muy bien en la Iglesia, muchos tienen a gala repetir muchas veces la palabra del Señor hecha oración: *Jesús manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo...*